TRATADO XVI

DE LA OBEDIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Excelencia de esta virtud. — Sus grados. — Su materia. Á quiénes tenemos que obedecer.

§ I

Dios prohibió al hombre comer del árbol de la ciencia del bien y del mal,—dice San Agustín,—para mostrar cuán grandes son la excelencia y el valor de la obediencia y qué mal tan grande la desobediencia. » Si no hubiera comido de aquel árbol, el hombre habría permanecido en la inocencia y justicia original, y se habrian evitado los infinitos males que sobre él y sus hijos vinieron en castigo de su crimen.

2. El hombre debia reconocer el supremo dominio del Señor, y con este intento le fué impuesta aquella prohibición, cuya obediencia era indispensable para confirmarle en los bienes que se le habían prometido. Mas el hom-

bre no quiso obedecer, y por su culpa todos sus hijos fueron constituídos en pecadores. Empero Dios, que no quería que el linaje humano pereciera, descendió del cielo para enseñarnos con su ejemplo que la obediencia abriría las puertas del paraíso que había cerrado la desobediencia, y nos había de obtener la gloria; «pues Jesucristo,—dijo San Pablo,—obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillasen el cielo, la tierra y los infiernos.»

3. La obediencia es el origen y madre de las virtudes, dicen los santos: las introduce en el alma, y después de introducidas las conserva y defiende. Seamos, pues, obedientes y seremos castos, humildes, pacientes, mortificados; tendremos todas las virtudes, pues la obediencia hace que nos ejercitemos en todas ellas, y nos enseña á vencernos á nosotros mismos, haciendo que sigamos solamente el camino de Dios.

§ II

4. La obediencia tiene tres grados. El primero consiste en cumplir exteriormente lo que se nos manda. ¿Con cuánto cuidado y diligencia debemos habernos para obedecer con perfección? Con aquel con que acudimos á las cosas necesarias para conservar la vida, como acude á comer el que tiene hambre, y aun con mayor diligencia, ya que la vida eterna que se merece con la obediencia es más noble y excelente que la temporal. «El verdadero obediente,—dice San Bernardo,—no conoce la tardanza ni espera el día de mañana, sino luego cumple lo que el superior le manda; y en oyendo su voz le obedece como si oyera al mismo Jesucristo, porque no ignora que dijo el Señor: «El que os oye á vosotros, á Mí me oye.» Asimismo, quien sabe obedecer perfectamente no espera el expreso mandato de su superior; bástale saber su voluntad para tratar luego de cumplirla.»

5. La prontitud que pide de nosotros la perfección de la obediencia nos está indicada en la conducta de Abraham, á quien Dios mandó sacrificar á su hijo Isaac; no esperó á la mañana, sino de noche se levantó para cumplir las órdenes del cielo. Lo mismo hizo el ilustre Patriarca San José cuando el ángel le mandó que huyera á Egipto, llevando consigo al Niño y á su Madre.

6. El segundo grado de la obediencia consiste en conformar en todo nuestra voluntad con la del superior, sin querer otra cosa que lo que éste quiere, aunque sea muy difícil y repugnante lo que se nos manda; aun entonces

conviene que mostremos mayor prontitud, para que no se nos hagan mayores las repugnancias y dificultades que sentimos y para que sea mayor el sacrificio que ofrezcamos al Señor.

7. No procuremos que se nos mande lo que nos agrada, pues en tal caso no haríamos la voluntad del superior, sino antes él se conformaría con la nuestra. Hemos ayunado y humillado nuestras almas, deberíamos entonces decir, y todo ha sido en vano. ¿Queréis saber la causa de esto? Pues la causa es porque en todo eso habríais hecho vuestra voluntad [1].

8. Grande mal es, pues, la propia voluntad, porque hace que las buenas obras que hacemos no sean buenas para nosotros.

9. El tercer grado de la obediencia que quiere ser perfecta consiste en conformar nuestro entendimiento con el del superior, teniendo su mismo sentir, sujetando al suyo nuestro juicio en todo y por todo. La obediencia es como un holocausto perfectísimo en que nada se reserva, sino todo se ofrece al Señor. Esta era la diferencia que había en la ley antigua entre el sacrificio y el holocausto: que en aquél se quemaba una parte de la víctima en honra de Dios, y lo demás se dejaba para el sustento de los sacerdotes, mientras en el holocausto toda ella era consumida con el fuego. — Nosotros,

1 Isa., LXVIII.

pues, ofrezcamos á Dios al obedecer no solamente el sacrificio, sino también el holocausto, para que nuestra obediencia sea perfecta y muy agradable á su divina Majestad.

10. «La obediencia puede ser imperfecta, —dice San Ignacio,— y ésta tiene ojos, mas para su mal; la perfecta es ciega, mas en esta ceguedad consiste la sabiduría: la una tiene juicio en lo que se le manda, la otra no. Aquélla se inclina más á una parte que á otra, ésta se halla igualmente dispuesta para todo lo que le mandaren; la primera obedece con la obra negándose á ella el corazón, y así no merece el nombre de verdadera y perfecta obediencia; la segunda hace lo que se le manda, y sujeta su juicio y voluntad á la voluntad y juicio de los superiores, teniendo por bueno lo que se le ordena, sin buscar otras razones sino esta solamente: Dios lo manda.»

11. He aquí un admirable ejemplo de obediencia: Dios había prometido al patriarca Abraham que en su hijo Isaac se multiplicaría su descendencia como las estrellas del cielo y las arenas del mar; y con todo eso, le manda sacrificar á este mismo hijo, y Abraham se pone en camino para cumplir las órdenes del cielo y espera contra toda esperanza que vendría á ser padre de muchas naciones, según se le había dicho; no dudó ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, plenamente persua-

dido de que Dios es poderoso para cumplir todo lo que tiene prometido.

12. Para mejor obedecer tengámonos como muertos; pues así como el muerto no ve, ni responde, ni siente, ni se queja, así nosotros no hemos de tener ojos para ver ni juzgar cosa alguna contra lo que nos está mandado. — Un bastón se toma en la mano cuando se quiere, y lo llevamos sin dificultad y lo ponemos donde nos agrada, y sólo se mueve según el impulso que le damos. Seamos también así nosotros al obedecer á nuestros superiores.

13. La sujeción de nuestro juicio y voluntad á las órdenes del superior debe extenderse, no sólo á lo que es conforme á nuestra carne y sangre, sino también á las cosas que le son contrarias, y á las muy espirituales y santas, pues seguir nuestro propio dictamen en cualesquiera de éstas contra la obediencia nos es muy nocivo y desagrada al Señor. Obedezcamos, pues, en la frecuencia de la Comunión, en el ejercicio de la penitencia, etc.

14. La materia de nuestra obediencia son los preceptos de la ley de Dios y de la Iglesia, las particulares obligaciones de nuestro estado y los mandatos de nuestros superiores.

15. ¿A quiénes tenemos que obedecer? El criado á su amo, el hijo á su padre, la esposa á su esposo, el religioso á su Prelado, el sacerdote á su Obispo y todos los fieles al Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra. — Pero no todos están igualmente obligados á la obediencia, ahora se atienda á la extensión de sus deberes, ahora á las razones por las cuales deben cumplirlos. Mas nosotros, si deseamos alcanzar la perfección cristiana, tenemos que poner la mira en un punto muy elevado de virtud, aspirando á lo más santo y perfecto en todas nuestras obras. — No olvidemos esto, así en orden á lo que hemos dicho como á lo que diremos todavía en este tratado.

CAPÍTULO II

Razones y medios para obedecer. — Castigos de la desobediencia.

§ I

OBEDECED á vuestros superiores, — nos dijo San Pablo, — y estadles sujetos, ya que ellos velan, como quien ha de dar cuenta á Dios de vuestras almas [1]. » He aquí una razón para obedecer y uno de los mayores consuelos que tenemos en la obediencia: Dios manda que obedezcamos, y en obedecer estamos seguros de agradar á su divina Majestad. El superior podrá errar cuando nos mande, pero nosotros no erra-

1 Hebr., XIII, 17.

mos al obedecerle: Dios nos pedirá cuenta solamente del cumplimiento de la obediencia; lo demás corresponde al superior. ¿Por qué, pues, no habremos de cumplir en todo lo que se nos manda? «La obediencia es excusa delante de Dios, — dice San Juan Clímaco; — por esto, si me preguntan por qué hice esto ó lo otro, contestaré porque así se me ordenó, y quedaré bien excusado.» — Es la obediencia navegación segura, camino que durmiendo se pasa; y así como el que navega va parado, sentado ó durmiendo, y va caminando sin tener cuidado del rumbo que lleva, porque este cuidado lo tiene el piloto, así también sucede al que obedece: corre á cargo de sus superiores, y éstos velan por él, y son como el Moisés que Dios ha puesto para que lo encamine á la patria del cielo.

2. «Obedeced á vuestros superiores, — añade San Pablo, — para que cumplan su oficio con alegría y no gimiendo.» Tengamos compasión de aquellos que nos mandan, y no hagamos enojosa y pesada la carga que llevan en no obedeciendo nosotros sus órdenes. Siendo como son nuestros padres, solícitos de nuestro bien, ¿no ha de ser conveniente y muy justo que paguemos su solicitud con nuestra pronta y rendida obediencia? «Por lo demás, lo contrario no nos es provechoso, — dice también San Pablo, — pues los superiores, cansados de nosotros, dejarán que hagamos lo que nos agrade,

y que dejados de su mano sigamos, no la voluntad de Dios, sino la nuestra.»

3. Cuanto á los medios para obedecer con perfección, uno de los principales consiste en obedecer á los superiores como al mismo Jesucristo. Siervos, obedeced á vuestros señores temporales con temor y respeto, con sencillo corazón, como al mismo Cristo, no sirviéndoles solamente cuando os ven, como si no pensaseis sino en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios; y servidlos con amor, haciéndoos cargo de que servís al Señor y no á los hombres [1]. Y estad sumisos, no tan sólo á los superiores buenos y apacibles, sino también á los de condición recia [2]. Tal es la enseñanza de San Pedro y San Pablo; y la razón de lo que ellos nos dicen es manifiesta. Porque si Jesucristo en persona nos mandase alguna cosa, ¿con cuánta prontitud y alegría le obedeceríamos? Nuestra voluntad sería la suya y nuestro juicio le estaría rendido, sin juzgar ni dudar, y sin detenernos por ninguna excusa ni pretexto cumpliríamos sus órdenes. Dios lo manda, Dios lo quiere, nos diríamos á nosotros mismos, y nos tendríamos por dichosos en obedecerle. Pues no olvidemos que el Señor dijo á sus Após-

1 Ephes., VI.
2 I Petr., II, 18.

toles, y en su persona también á nuestros superiores que le representan: «El que á vosotros oye, á Mí me oye.»

4. Así es que en la obediencia hemos de ver á Dios y su santa voluntad, ya sea que la declare por sí mismo ó por medio de los hombres, tomando de la misma manera lo uno que lo otro, pues siempre es Dios quien manda y á Dios es á quien obedecemos.

5. Aunque tengamos que obedecer á los hombres, no por eso somos de peor condición que aquellos á quien Dios habló por sí mismo; antes bien, así como en las cosas de la fe, que no vemos, tenemos más mérito que si las viésemos, de la misma manera en la obediencia que rendimos á los superiores, y no al mismo Jesucristo en persona, en cierto modo merecemos más, pues manifestamos que nuestra fe y el amor que tenemos al Señor se extienden aun á aquellos que le representan. — Obedeciendo al hombre por Dios se humilla más el corazón, se niega más la voluntad y hay mayor resignación á las órdenes del cielo, haciendo más por Dios, como hace más el que obedece á un criado por amor del Rey, que el que obedece al mismo Rey.

6. Si consideramos al superior como hombre solamente, y no como representante del Señor, no tendremos en la obediencia la paz de nuestra alma ni la perfección que conviene;

pues en tal caso habrá de ocurrírsenos que, siendo el superior hombre, puede obrar por respetos humanos con injusticia ó aversión á nosotros, lo cual, ciertamente, no dejaría de turbarnos; pero viendo en él al mismo Cristo, no ha lugar á tales pensamientos y murmuraciones.

7. Tampoco debemos rendir nuestra obediencia al superior por la prudencia, bondad y demás cualidades que le adornen, pues en tal caso aquélla virtud perdería su fuerza y no sería acto de religión, ya que de esta manera se sigue el parecer de un hombre prudente, docto ó experimentado. Mas nuestra obediencia debe ser por Dios.

8. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo tendremos gran confianza de poder hacer lo que se nos manda; pues Dios nunca nos manda sino lo que podemos, y nos da poder y fuerza para hacerlo. Cuando Dios mandó al profeta Abacuc que llevase la comida á Daniel, que estaba en Babilonia en el lago de los leones, Abacuc dijo al Señor: «No he visto á Babilonia ni conozco el lago.» Entonces un ángel le tomó de un cabello de la cabeza y le puso sobre el lago, para darnos á entender la facilidad y presteza con que Dios nos socorre en el cumplimiento de lo que nos manda.

9. Obedeciendo al superior como al mismo Cristo andaremos en un ejercicio continuo de cumplir la voluntad de Dios, pudiendo de esta

suerte estar continuamente abrasados en el amor divino; pues pensar que hacemos la santa voluntad de Dios y alegrarnos de ello es muy provechosa oración y ejercicio de su presencia, muy agradable á su divina Majestad.

10. Viendo á Dios en nuestros superiores gozaremos de muy grande paz, sin inquietarnos por nada, pudiendo entonces decir con David: «El Señor me gobierna y nada me faltará.»

§ II

11 Así como el Señor dijo á sus Apóstoles: «El que á vosotros oye, á Mí me oye», así dijo también: «El que á vosotros desprecia, á Mí me desprecia.» Dios toma como suyos los desprecios que se hacen á los superiores, que le representan; por esto, cuando los israelitas murmuraron contra Moisés y Aarón, éstos dijeron al pueblo: «El Señor ha oído lo que habéis murmurado contra El; pues nosotros, ¿qué somos? No son contra nosotros esas murmuraciones, sino contra El [1].» Y cuando los hijos de Israel desecharon á Samuel y pidieron Rey, dijo el Señor á Samuel: «No te han desechado á ti, sino á Mí [2].»

1 Exodo, XVI.
2 I Reg., II.

12. Otra vez murmuraron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón, y Dios mandó contra aquéllos unas terribles serpientes que los castigaron; y á María, hermana de Moisés, por el mismo delito de murmuración, el Señor la cubrió de lepra, haciendo que permaneciese durante siete días apartada del campamento de los israelitas.

13. Por lo dicho podemos comprender que los actos de los superiores, aunque alguna vez parezcan dignos de reprensión, no se han de cortar, — dice un Santo, — con el cuchillo de la lengua, pues los superiores tienen el lugar de Dios. Añádase á esto el daño que hacemos al prójimo con tal murmuración; pues al disminuir la buena opinión que se tenía del superior se ocasiona tal vez en el súbdito que nos oye aversión ó desafecto para con él, y esto menoscaba la autoridad, quita su fuerza á la obediencia é impide que el súbdito aproveche como debiera, obedeciendo con sencillez y humildad.

14. La desobediencia se compara en la Sagrada Escritura al pecado de la idolatría y al de consultar á los demonios; porque así como estos pecados quitan el culto y obediencia que se debe á Dios, así también la desobediencia á los superiores quita á Dios la honra que se le debe, pues están en lugar de su divina Majestad. Y así como el idólatra, dejando al verdadero Dios, adora un ídolo, así el desobediente, dejando la ver-

dadera regla, que es Dios, sigue su propio juicio, y no el del Señor.

15. Esto manifiesta la gravedad de la desobediencia y cuánto debemos huirla para no desagradar á aquel Señor y Dios nuestro, que bajó del cielo por obedecer al Padre y fué obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

16. Para concluir el presente capítulo sólo advertiremos que, á pesar de la necesidad de la obediencia, si alguna vez no está en nuestra mano cumplirla ó tenemos motivos que nos excusen de ella, podemos lícitamente manifestarlo todo al superior; pero hemos de hacerlo de tal manera que, una vez indicadas nuestras razones y excusas, nos resignemos á lo que nos manden, sin perder la paz del corazón y sin procurar conseguir lo que deseamos, sino solamente, y siempre y en todo, el cumplimiento de la santa y adorable voluntad de nuestro Dios.

FIN

INDICE

TRATADO PRIMERO

DEL APRECIO Y DESEO DE LAS COSAS ESPIRITUALES

Págs.

Capítulo primero.—Preciosidad y belleza de los bienes espirituales.—Cuál debe ser la sinceridad y viveza de nuestros deseos por adquirirlos..... 1

Cap. II.—El no ir delante es volver atrás.—Medios para adquirir la perfección..... 9

Cap. III.—Nuevos medios para adquirir la perfección cristiana..... 18

TRATADO II

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

Capítulo primero.—Nuestro aprovechamiento y perfección consiste en hacer bien las obras ordinarias. —Medios para esto.—Males que deben evitarse..... 27

Cap. II.—Daños de la vanagloria y sus remedios..... 35

TRATADO III

DE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

Capítulo primero.—Excelencia y necesidad de esta virtud.—Cómo debe ser.—Qué cosas debemos evitar para no quebrantarla..... 47

Cap. II.—Cómo nos hemos de haber en las diferencias que tengamos con el prójimo.—Gravedad de los juicios temerarios.—Sus causas y remedios..... 58

Cap. III.—De la corrección fraterna.—Es prueba de amor.—Bienes que trae consigo.—Por qué no se re-